

BLACK-OUT

Norman Spinrad

Orange County, California. Acabada la cena, Freddie Dystrum tomó una lata de cerveza, fue a la sala de estar y se sentó en su sillón favorito mientras su mujer sintonizaba la cadena ABC para escuchar las noticias de la noche. Freddie prefería el tono digno y perentorio de Walter Cronkite, pero Mildred era una adepta de la sofisticada sensatez de Harry Reasoner, y ya que ella había aceptado no quejarse de los bramidos agresivos de Maude, en contrapartida veían a Reasoner. Gracias a compromisos de este tipo la tranquilidad reinaba en la casa.

Después de la sintonía, el rostro tranquilo y sonriente de Reasoner apareció en la pantalla, y empezó a hablar de la última crisis gubernamental en España, o en Nigeria, o en un país parecido. (Para Freddie con el estómago lleno de pollo frito de primera calidad, que flotaba como una pitón satisfecha en su habitual embotellamiento digestivo, todos los gobiernos inestables eran parecidos.)

Fue entonces cuando la cosa empezó, despertándole bruscamente. Una mano apareció bruscamente en el encuadre de la cámara, a la izquierda de la pantalla, poniendo un trozo de papel delante de Reasoner. En la manga aparecían unos galones militares. Y cuando Reasoner indignado se volvió para mirar de reojo al intruso, su rostro palideció y, por primera vez, al menos en el recuerdo de Freddie, ese hombre que había anunciado sin pestañear, durante decenas de años, todo tipo de catástrofes mundiales con una calma y un aplomo muy profesionales, se hallaba visiblemente trastornado. La manga galoneada agitó el papel ante el rostro de Reasoner y, finalmente, el presentador lo cogió con mano temblorosa dispuesto a leerlo en voz alta:

—Todos los boletines de noticias radiofónicas o televisivos, así como la publicación de periódicos, serán suspendidos indefinidamente por orden de) gobierno hasta que... hasta que...

Los ojos de Reasoner estaban desorbitados, como si no llegara a creerse lo que estaba leyendo. Miró fuera de imagen con aire divertido, tragó saliva con dificultad y continuó:

—...hasta que el Ministerio de Defensa haya esclarecido el fenómeno de los platillos volantes.

Sin transición, la imagen cedió su puesto a unos silbidos y a unos parásitos multicolores. Después la voz de una presentadora anunció:

—En sustitución de nuestro habitual boletín de noticias, les presentamos Los Antílopes del Oeste.

Y un animal de aire asustadizo inició sus saltos a través de la pradera.

Calle 88, Manhattan, New York. Archie y Bill estaban sentados al borde de sus camas mientras se vestían, completamente convencidos de que iban a encontrarse a los Marcianos desfilando por Broadway en sus naves blindadas. ¿No era así como las victoriosas fuerzas de invasión hacían siempre su aparición en el noticiario televisivo de las 7?

—¿Crees que va a ocurrir realmente? —rió Archie—. ¿No te imaginas la cara del presidente?

—¡Cielos, mi OVNI!

—Dios mío, ¿piensas realmente que son unos monstruos, llenos de tentáculos, y que van a desgarrar los bikinis metalizados de las terrestres?

—Nada hace pensar que tengan que ser heterosexuales. ¿No?

Afuera Broadway estaba repleta de gente. Lo que dominaba no era el pánico, sino una especie de incrédula estupefacción. Las personas se frotaban los ojos y miraban al cielo que pasaba de un violeta crepuscular a una insondable oscuridad.

—Esto debe ser una broma de la televisión, como aquel truco de Orson Welles en la radio, —explicaba a su mujer un hombre vestido con un traje de tweed.

—¿En todos los canales?

Archie se dirigió a un policía que estaba apoyado en su coche mirando al cielo.

—¿Han desembarcado ya los platillos volantes en New York?

El policía tenía aspecto de bruto y, diez minutos antes, habría contestado a Archie despectivamente, le habría mirado amenazadoramente, o quizás peor. Pero ahora el policía se limitó a decir:

—Puede registrarme...

Y preso de un terror que no podía disimular, volvió a examinar el cielo ya definitivamente oscuro.

Después, hacia el sur, un objeto brillante atravesó el horizonte, como una ralentizada estrella fugaz, o como un acelerado satélite artificial. La gente gritó. Y algo parecido a un alarido de terror como surgido de las profundidades, se elevó entre la multitud.

Bill miró a su alrededor con nerviosismo.

—Si vamos a ser realmente invadidos, sería más juicioso que nos fuéramos al campo. Lejos de nuestros semejantes y de los objetivos más grandes y jugosos.

—¡Jesús! Bill, ¿crees realmente que sea cierto?

Un objeto brillante rasgó el horizonte, por el norte, hacia Harlem.

Tan pronto como el despertador le sacó de su sueño, Freddie Dystrum dejó la cama, dirigiéndose titubeante a la cocina e intentó encontrar las noticias en la radio. Frecuencia modulada, onda media, onda larga: en todas ellas la música interrumpida tan sólo por los mensajes publicitarios. Ninguna palabra acerca de lo que estaba pasando. Sin informativos, sin debates. Las cadenas especializadas en información habían dejado de emitir.

Mildred estaba ya en la cocina preparando el desayuno, como si fuera un martes como tantos otros.

—¿Qué haces?, ¿Qué ocurre? —murmuró Freddie abandonando la radio.

—Tu desayuno estará listo enseguida. Timmy está en el cuarto de baño y Kim ha decidido levantarse por fin, —respondió Mildred dando la vuelta a una crepé.

—Pero Mildred. ¿Y la broma de anoche? ¿Y la radio?

—¿Qué le pasa a la radio?

—No da noticias.

—¿Te refieres a esa historia de los platillos volantes en la emisión de Reasoner de ayer noche? —dijo Mildred mirándole distraídamente—. ¿No era una broma?

—Por supuesto que no. No hay noticias en la radio, exactamente como anunció Reasoner.

Ahora Mildred empezaba a inquietarse.

—Quizás deberías llamar a Charlie. ¿No recibe el Times todas las mañanas?

—Sí, efectivamente, —dijo Freddie dirigiéndose a la habitación para llamar a Charlie.

Charlie no había recibido su periódico. Charlie no se había podido dormir antes de las dos de la madrugada, después de haber oído la noticia de los platillos volantes en la emisión de Walter Cronkite; y, hacia la una y media, había visto varias estelas luminosas en el horizonte, muy lejos, hacia el norte. Charlie tenía miedo.

Freddie le explicó que quizás no fueran más que unos misiles que despegaban de Vanderburg, pero tuvo que reconocer que no se trataba precisamente de una explicación razonable.

De regreso a la cocina, Freddie comprobó que Kim y Timmy, gracias a ese misterioso teléfono del que los niños guardan el secreto, habían oído hablar del black-out. Y creían que era una excelente excusa para no ir a la escuela.

—No puedes querer que salgamos, con todos esos platillos volantes aterrizando, y con todos esos marcianos paseándose. ¿Verdad papá? —dijo maliciosamente Timmy—. Llenos de tentáculos y de ganchos y con terribles desintegradores.

Freddie no quería ceder ante este tipo de argumentos.

—Nadie ha hablado de marcianos aterrizando en sus platillos voladores, Timmy. Simplemente han dicho que no habría más informaciones hasta que no se haya esclarecido esta historia de los platillos volantes. Nunca han dicho que estemos siendo invadidos.

—¿Por qué iban a hacer una cosa así, si no ocurre nada? —preguntó Kim.

—No lo sé —respondió Freddie, lanzando a sus hijos una significativa mirada—. Quizás esos genios de vuestros profesores hayan entendido todo esto y os lo quieran explicar en la escuela. Y entonces me lo podréis contar. A fin de cuentas, para eso pago los impuestos.

Esto puso fin a la discusión. Y como de costumbre, Freddie llevó a sus hijos a la escuela antes de ir a la fábrica. Pero, después de haberlos dejado y de haber cogido la autopista de Santa Ana, empezó a hacerse nuevas preguntas al ver un largo convoy de vehículos militares que monopolizaban el tercer carril. Tristes, sucios, y con aspecto siniestro, se dirigían hacia Los Ángeles.

—Te digo que esto no me gusta nada, en absoluto —dijo Kart Bendtsen mirando con aspecto huraño el tráfico de la carretera nacional, al otro lado de su campo de maíz—. Todos esos coches que vienen de Omaha. Seguro que esos imbéciles son presa del pánico, y que se van a desperdigar por todas partes como una nube de saltamontes. Me arrepiento de no haber puesto alambre de púas en las cercas.

—Para lo que iba a servir si nos invaden los extraterrestres... —respondió Ben escupiendo el tabaco que estaba mascando aproximadamente en dirección a Washington.

—¿Has acabado creyendo esas tonterías? —gruñó Karl—. ¡Platillos volantes! ¿Y qué más? Ya verás como al final todavía dirán que son esos periodistas de izquierdas, de New York, que intentaban propagar su basura. La semana pasada, en un programa de televisión, vi como intentaban poner al gobierno en dificultades; y que cualquier medio era bueno para ello.

—Señor Bendtsen, es el gobierno quien ha hecho esta declaración.

—¡Arr! —Karl levantó los brazos hacia el cielo—. Quizás intentaban asustar a la gente con una historia de platillos volantes, e iban a difundirla; pero, por una vez, alguien en Washington ha tenido el suficiente buen juicio para cerrarles la boca, antes de que provoquen un desorden.

Ben lanzó una mirada a la carretera.

—No se puede decir que esto sea verdaderamente un éxito. ¿Verdad?

Un gran zumbido ensordecedor hizo retroceder a los dos hombres. Una escuadrilla de B-52, quizás una docena de aparatos, volaba, muy alto, como buitres, en dirección al círculo polar ártico.

—Quizás sean los rusos —comentó Karl—. Seguro que éstos preparan algo sospechoso.

El almuerzo de Willy Cohen con Harrison Gaur se estaba convirtiendo en un desastre. ¿Por qué había sido preciso que esta reunión, para proponer ideas sobre artículos al redactor en jefe del semanario neoyorquino que mejor pagaba, coincidiera con... con esta

maldita historia? Gaur era incapaz de pensar en ninguna otra cosa, y la gente no cesaba de ir a su mesa, para cambiar impresiones sobre sus respectivas paranoias.

—Esto no puede ser una cosa tan simple como una invasión de extraterrestres — explicaba Gaur a un tipo de largos cabellos—. Parece un asunto de la CÍA. Debe ser una cobertura, para cualquier cosa de otro...

—Debe ser algo sucio, si la CIA está detrás, amigo...

—Quizás sea un golpe de Estado —dijo Cohen, intentando reafirmar su presencia por décima Vez. Esta vez lo había conseguido.

—¿Un golpe de Estado? —dijo Gaur centrando su Mención en Cohen—. ¿Cree que ahora mismo está llevándose a cabo un golpe de Estado?

«Ya está —pensó Cohen—, he logrado captar su atención». Y se puso a buscar una teoría basada en una conspiración. «Si cargo un poco las tintas, quizá me encargue un artículo sobre esto».

—¿Y si verdaderamente existieran naves espaciales que visitan nuestro mundo, y el gobierno lo sabe? —empezó a improvisar—. ¿Y si hubiera divergencias en el seno de la Administración? De un lado los halcones intentando mantener el secreto hasta que se ponga a punto un arma lo suficientemente eficaz para demolerlos. Y obtener así del Congreso un gran aumento de los créditos militares. Del otro lado, los moderados queriendo informar a la población, intentando negociar con los extraterrestres, y al mismo tiempo buscando reforzar la detente Este-Oeste. Un grupo empieza a actuar, y el grupo opuesto actúa también a su vez.

—La CÍA contra el Departamento de Estado...

—Quizás incluso la CÍA contra la Casa Blanca...

—Y el ejército que decide utilizar estos desacuerdos en la cumbre, tomándolos como un pretexto para ocupar el poder...

—No necesariamente...

De repente se oyeron gritos, por la zona del bar, en torno a un hombre que acababa de sentarse.

—...al pasar debajo del puente de Verrazano...

—...mi mujer me llamó al despacho...

Gaur se giró y llamó a un barbudo entrecano que estaba cerca del bar:

—Ken ¿Qué ocurre?

—¡Hay un porta-aviones subiendo por el Hudson! —gritó el barbudo, transformando instantáneamente el restaurante en un verdadero manicomio. Todo el mundo se puso a hablar a la vez y una docena de personas se levantaron bruscamente con intención de salir. Entre ellos Harrison Gaur.

—Esto es el colmo —dijo moviendo la silla hacia atrás—. Lo siento Will, pero debo irme.

—¿Ir, a dónde? —preguntó Cohen desesperado.

Gaur se detuvo, le miró y se volvió a sentar.

—Realmente no lo sé —dijo. Se levantó—. Pero no puedo quedarme aquí sentado...

Y Cohen, de nuevo molesto, empezó a preguntarse si toda esta historia no era más que un complot contra él. Había algo extraño en que hubiese sucedido justo en el preciso momento en que tenía una cita con Harrison Gaur.

Bill había insistido en que pusieran la mayor distancia posible entre ellos y New York a la caída de la noche. Aunque Archie y él mismo habían conducido durante todo el día a través de los campos y de las colinas madereras en dirección a Montreal, se habían mantenido apartados de las carreteras principales; ya que Archie había estimado que corrían el riesgo de encontrarse con embotellamientos y estar en peligro, en la hipótesis de que un éxodo generalizado pareciera la mejor idea.

Entre las 6 y media y las 7, empezaron a pensar que era totalmente necesario encontrar rápidamente un motel, para poder tener cerca un aparato de televisión a la hora del boletín de noticias, fuera o no emitido. Se detuvieron ante un grupo de barracas, una especie de agujero inmundo en un lugar sin particulares señas de identificación, en el que la propietaria les pidió 35 dólares por una especie de cabaña siniestra con un aparato de televisión en blanco y negro. («Lo toman o lo dejan, de todas maneras me da igual, ya tendré todos los clientes que quiera más tarde, por la noche»).

Conectaron la televisión cuando ésta emitía publicidad, y se sentaron en el borde de la cama, mientras desfilaba la retahíla de alimentos para perros, desodorantes, y papel higiénico suave como un beso. Todo ello de la manera más completamente normal.

—Te apuesto a que hemos conducido hasta aquí, y hemos gastado 35 dólares para nada, —dijo Archie—. Ahora el viejo Walter Cronkite vendrá y nos dirá que todo esto no ha sido más que una broma que había ido demasiado lejos...

Pero el viejo Walter no vino. En absoluto. En su lugar, se emitía el programa piloto de una serie de nueva emisión. La historia de una adorable familia de campesinos de Transilvania en lucha con la incompreensión, y que vivían en un Far West a lo John Wayne.

—Por lo menos, podrían haber pasado una serie de ciencia-ficción —dijo Bill palideciendo.

—O un debate entre Gore Vidal y William Buckley— respondió Archie apagando el aparato... Permanecieron allí sentados durante algunos minutos intentando adivinar lo que estaba a punto de suceder. Después, sin pensarlo, salieron al vacío aparcamiento.

Era noche cerrada, y allí en el campo, el cielo estrellado era inmenso y brillaba por encima de las negras siluetas de las colinas. De manera ocasional, un solitario coche pasó por la carretera, como un fantasma de luz y ruido en el silencio de la noche.

Había mucho movimiento entre las estrellas. Lo podían ver. Una luz roja intermitente se desplazaba bajo el horizonte. Una estrella que describía una curva deliberadamente parabólica hacia el cenit. Lejos, hacia el este, unos objetos volaban agrupados.

—Sabes, Archie, creo que aquí casi podría creer en ello. Se podría realmente creer en ello.

—Pero, ¿qué es lo que podrían querer de nosotros? Nuestras ciudades están infectas de porquerías, millones de entre nosotros se mueren de hambre, somos criaturas ingratas, viciosas y nuestra economía es un desastre. ¿No crees que un monstruo del espacio que se respete a sí mismo, escogería un lugar más simpático para establecerse?

—Quizás para ellos, nosotros seamos una rara especialidad gastronómica, una especialidad francesa, —sugirió Bill—. Como un roquefort bien pasado. ¿Nunca encontraste personas a las que les gustara el olor de la mierda?

Archie rió nerviosamente, pero tenía la piel de gallina.

Algo ruidoso se desplazaba por el cielo, a lo lejos. Los perros empezaron a aullar. Un helicóptero cruzó el cielo. La inseguridad pareció instalarse en el aire, arrastrándose como una cucaracha en una habitación oscura.

Bill alzó los hombros y giró la cabeza hacia la cabaña.

—Quizás emitan una película de Bette Davis —sugirió.

Freddie Dystrum se despertó con ojos vagos y un volante de automóvil oprimiéndole el estómago. Después de esta segunda noche sin noticias en la televisión, un grupo de gente se había reunido en casa de Frank y, cuando todos empezaron a decir que era conveniente no mandar a los chicos a la escuela, y que si todo esto no había terminado a la mañana siguiente, sería mejor irse hacia México o el Gran Sur, Freddie pensó que era necesario demostrar astucia y tomar la carretera por la mañana. Habían circulado toda la noche en dirección a las sierras, en medio de un tráfico muy denso. No porque lo hubiera querido así de manera deliberada, sino simplemente porque todos los hoteles que habían encontrado estaban llenos. Y cuando, en un momento dado, renunciaron a buscar una

habitación, y decidieron dormir los cuatro en el coche, con los chicos que no cesaban de alborotar y de contar historias sobre marcianos, y con Mildred que se sobresaltaba al menor ruido extraño, Freddie consideró que, pese a todo, quizás no había sido realmente astuto.

Pero al despertarse en medio de un embotellamiento, un embotellamiento en medio de aquella comarca salvaje, pensó de nuevo que en el fondo no había sido tan tonto.

Tan lejos como alcanzaba la vista, y en un largo valle rectilíneo, los carriles de la autopista que se dirigían hacia el norte, no eran más que un conglomerado de automóviles prácticamente inmóviles. Concierto de cláxones, radiadores humeantes, motores jadeantes que poco después agonizaban, y una gran nube de contaminación que se extendía a lo largo de la autopista en ebullición. Los arcenes estaban invadidos por coches aparcados, motores quemados, neumáticos reventados, o por personas que, como ellos, se habían detenido a dormir al borde de la carretera. Unos helicópteros volaban por encima de esta aglomeración, produciendo un zumbido como el de las moscas alrededor de un estercolero. Era claro que la situación debía ser la misma en una dirección hasta Los Ángeles, y en la otra hasta Nome.

—¡Señor! —gruñó Mildred levantándose del asiento—, ¡Parece como si estuviéramos en Disneylandia el día de la fiesta Nacional!

—(Papá, qué tomaremos para desayunar? —preguntó Kim—. Tengo hambre.

—He de ir al lavabo —gimió Timmy—. Es verdaderamente necesario...

Freddie miró la carretera en dirección al norte. También quería ir al lavabo. Ningún hotel a la vista, ninguna estación de servicio, tampoco ningún bar. Y, en medio de esta jungla de cromo, de tubos de escape y de caucho, se podría tardar todo el día para recorrer una treintena de kilómetros. Hacia el sur no había nada interesante, pero la autopista estaba vacía de coches, y probablemente lo estuviera hasta Torrence.

—¡ARROARRR!

Freddie saltó de su asiento mientras una escuadrilla de Phantoms les sobrevolaba en vuelo rasante.

—Bueno, ¡lo que faltaba! —dijo Freddie en tono seco—. Si es el fin del mundo, que lo sea; tanto da esperarlo al lado de un lavabo. Nos vamos a casa.

—Pero papá...

—¡Se acabó! —gruñó Freddie arrancando el motor. Giró el coche en ángulo recto, lo dirigió hacia el primer hueco disponible, maniobró en un reducido espacio y dio media vuelta, adentrándose en la autopista en dirección al sur.

Una vez en la carretera desierta, Freddie se puso a denostar a los imbéciles que se encontraban atrapados en el embotellamiento.

—Lemmings. ¡Eso es lo que sois todos vosotros!, ¡Una pandilla de lemmings tarados!

—Papá, ¿qué es un lemming?

Hacia buen tiempo en San Francisco, y desde lo alto de la Colt Tower, Ted y Verónica podían ver el embotellamiento cerca de la Golden Gate, las carreteras vacías que serpenteaban en medio de las colinas, el Bay Bridge desierto, y una impresionante concentración de buques de guerra en el puerto de Oakland.

Ted había pensado hacer auto-stop a lo largo de la costa para ir a Redwood Country y esperar a que el golpe militar hubiera terminado. Después, según la gravedad de la situación, volvería a su casa de Berkeley, o si no, se dirigiría a la frontera canadiense.

Pero Verónica le había hecho ver que al estar en la carretera haciendo auto-stop, estarían en el peor sitio cuando empezara la larga noche de la represión. Los autostopistas serían las primeras personas que irían a parar a los campos de concentración. Decidieron pues, que sería más conveniente esperar lo inevitable resguardados en el vientre de la Bestia. Habían sido fichados por los policías de Berkeley,

y estaban en tantas listas, que ya no tenían razones para sentirse exageradamente paranoicos.

—En cierta forma —dijo Verónica—, quizás esto tenga su lado positivo. La Bestia muestra su verdadero rostro. Quizás la gente se despierte al ver los tanques en la calle.

Ted adoptó un aire dubitativo. No habían visto tanques, pero en cambio había helicópteros por todas partes y mucho movimiento en el puerto militar. En lo referente a la «gente», unos se habían marchado de la ciudad por miedo a los marcianos, y otros se habían quedado a regañadientes en pequeños grupos víctimas de la confusión,

—Sabes —dijo él—, creo que el tipo que calculó esto, quien sea, es un verdadero genio. Han desaparecido las aglomeraciones, las tropas pueden maniobrar a su gusto, controlar todos los puntos estratégicos, y cuando finalmente la gente se decida a volver completamente cansados, no tendrán ni fuerzas para resistir.

—A menos que... a menos que...

Verónica miró hacia el otro lado de la bahía. Algo producía reflejos, como en un espejo, a la vez brillante y de contornos imprecisos.

—...A menos que esto pueda ser verdad.

Después del desayuno, Archie y Bill dieron un largo paseo por el bosque, para comer habían engullido unas hamburguesas aceitosas, después vieron Godzilla en la televisión, cenaron temprano, e intentaron pasar el rato (que parecía desesperadamente largo) esperando las noticias de las 7. El tedio cargante de este paraje bucólico les había llevado a tomar la decisión de volver a sus casas, a menos que... a menos que se anunciara que efectivamente el ejército estaba realmente luchando contra los invasores extraterrestres, en las calles de New York. Esta especie de coito frustrado era francamente muy exasperante.

A las 6 y cincuenta minutos conectaron el televisor, miraron los diez minutos finales de un episodio de Star Trek en el que el capitán Kirk se había visto obligado a cambiar su cuerpo por el de una mujer, y después sintonizaron el cuarto canal, esperando encontrar al viejo optimista de John Chancellor y su pusilánime moderación.

Publicidad de cervezas, medias, desodorantes íntimos, cocina china en conserva, después la sintonía de la NBC y la voz familiar del presentador: «Y ahora el informativo de la NBC, ¡presentado por John Chancellor!»

Y John Chancellor hizo su aparición, sereno, imperturbable, como si fuera lo más normal, empezando la presentación de los principales titulares. Se gestaba un inminente golpe de Estado en el Líbano. El coste de la vida había aumentado un 0,5 %. Un reactor se había estrellado entre New York y Shannon. El secretario de Estado estaba en viaje por Brasil. Los israelitas habían matado a tres terroristas palestinos.

Y así sin interrupción, los resultados de los últimos partidos de béisbol. La sequía que amenazaba la recogida de maíz en el Middlewest. La NASA que acababa de lanzar unos satélites meteorológicos. Los obreros en huelga en Cleveland.

Bill y Archie, aturdidos, miraban como se distribuía aquella papilla. Sólo osaban hablar durante los intermedios publicitarios, con los nervios en tensión por la pavorosa banalidad de lo que estaban oyendo.

—¿Pero, qué es lo que ocurre?, ¿Qué está pasando?

—Se diría que no pasa nada. Se podría decir que, a fin de cuentas, estos últimos días no han existido nunca.

Finalizado el último intermedio publicitario, John Chancellor miró a los espectadores fijamente a los ojos, como era su costumbre.

—Y para terminar —dijo con un aire jovial—, la encuesta del Departamento de Defensa sobre el fenómeno de los platillos volantes. Después de numerosos reconocimientos con satélites, de una profunda investigación de los hechos de que disponemos y de un exhaustivo análisis, el Pentágono ha anunciado que los platillos volantes no existían. De forma absoluta y definitiva. Todo nuestro equipo les desea una excelente velada.

Freddie Dystrum permaneció mirando fijamente el televisor, sintiendo en su mano la humedad glacial de la lata de cerveza, intentando imaginar a las gentes que volverían a las ciudades, y preguntándose por lo que podrían contar los compañeros al día siguiente en el trabajo.

A su lado Mildred sacudía la cabeza mientras roía un muslo de pollo.

—¿Qué les ha ocurrido a los marcianos? —preguntó Kim.

—No había marcianos, ¡en!, ¡cretina! —le respondió Timmy—. Sólo ha sido una broma idiota.

—Para ser una broma idiota, ha sido muy idiota —murmuró Freddie—. Después de un asunto como éste, mañana el trabajo tendrá un aspecto todavía más triste.

Y, pese a todo, mientras se encontraba allí, viendo Hollywood Squares, no podía impedir preguntarse porqué, en el fondo de sí mismo, tenía esa impresión aterradora de que todo había cambiado. Y que el cambio no tenía nada de satisfactorio.

FIN

Edición digital de Umbriel